

20 de diciembre de 2022 - Martes de la 4ª semana de Adviento

[Isaías 7:10-14; Lucas 1:26-38](#)

Homilía

Hoy tenemos el mismo evangelio que el día de la Anunciación del Señor, exactamente nueve meses antes de la fiesta de la Natividad, el día en que celebramos el momento de la concepción de Jesús en el seno de María,

el primer momento de la existencia humana de Dios. Este momento, que divide toda la historia de la humanidad en dos grandes períodos -el período anterior a Cristo y el período posterior al nacimiento de Cristo- es objeto de diversos anuncios o "prefiguraciones" en los Evangelios.

En el Evangelio de Mateo aparece el anuncio a José, que leímos la semana pasada con motivo de la fiesta de San José. En el Evangelio de Lucas, hay dos anuncios, uno a Zacarías y otro a María. La una no puede entenderse sin la otra, pues en Lucas existe un riguroso paralelismo entre ambas. En ambos casos, es el mismo ángel Gabriel quien es enviado por Dios, llevando su mensaje. En el primer caso se sitúa a la derecha del altar del incienso; en el segundo, delante de María. En el primer caso se envía a un anciano casado con una mujer igualmente anciana, una pareja estéril. En el segundo caso, se le envía a una joven que está comprometida pero aún no se ha casado.

El árbol genealógico de Zacarías es impresionante. Es de una familia sacerdotal, de la tribu de Leví, que vive en Jerusalén, Judea, en la región más religiosa de Israel. Es un fiel observador de la Ley, que sirve en el Templo y que ha entrado en este día tan especial para él en el Santo de los Santos para ofrecer incienso a la hora del sacrificio de la tarde, mientras el pueblo espera fuera. En el caso de María, ni siquiera se menciona su propia genealogía, a pesar de estar desposada con un joven de la tribu de David. Vive en una pequeña aldea nunca mencionada en el Antiguo Testamento, en Judea, poco religiosa y casi pagana. Es una chica muy joven sin importancia.

Zacarías está preocupado y su falta de fe le hace quedarse mudo hasta que nazca su hijo. María pregunta simplemente cómo "se hará", y lejos de quedarse muda canta su admirable "Magnificat". Zacarías tendrá la misión de imponer el nombre de Juan a su hijo, misión que correspondía al padre. Pero en el caso de Jesús es su madre María la que le dará el nombre de "Jesús" que le revela el ángel. Juan será ciertamente "grande a los ojos del Señor", el mayor de los hijos

de la mujer, dirá Jesús; pero Jesús es el "Hijo del Altísimo". El Espíritu Santo descenderá sobre Juan después de su nacimiento; Jesús nace por la intervención del Espíritu Santo.

Esta lista de puntos de comparación podría ampliarse. La idea central es que con el momento de la concepción de Jesús se inicia una nueva era de la historia humana, una nueva creación que sustituye a la antigua (a la que se refiere la doble mención del "sexto mes", que recuerda los seis primeros días de la creación).

Esta nueva creación comenzó con la concepción de Jesús en María, la nueva Eva, madre de todos los vivientes. Este no es el fin de una historia, y menos aún el fin de la historia. Por el contrario, es un nuevo comienzo, el inicio de un período de la historia al que pertenecemos; el comienzo de una transformación de la humanidad que debe continuar en nuestra sociedad y en cada una de nuestras vidas.

Después de Zacarías, María y José, muchos han recibido en algún momento de su vida una "anunciación". Los Hechos de los Apóstoles nos hablan de algunos de ellos de la primera comunidad cristiana, en particular de la de Pablo en el camino de Damasco. En realidad, no sólo cada cristiano, sino también cada ser humano, recibe a lo largo de su vida estas "visitas" de Dios por parte de "ángeles de Dios", es decir, hombres y mujeres que le ayudan a percibir la voluntad de Dios para él. En particular, hay un momento en toda vida humana adulta en el que el sentido de la propia vida aquí en la tierra y el objetivo hacia el que se dirige se le revelan de forma intuitiva y misteriosa.

La fiesta de hoy nos invita a revivir ese momento en el que, como adultos, nacimos de nuevo a nosotros mismos, como Jesús enseñó a Nicodemo, el momento en el que el sentido de nuestra vida aquí en la tierra se nos reveló en nuestros corazones. Es el momento en que tuvimos que decir nuestro propio Fiat al nacimiento de Dios en nuestra existencia y a la entrada de nuestra existencia personal en la dinámica del Misterio Pascual.

Armand VEILLEUX